

# MACHUPICCHU

INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS

TOMO II

FERNANDO ASTETE y JOSÉ M. BASTANTE, editores.



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección  
Desconcentrada de Cultura  
de Cusco

# MACHUPICCHU

## INVESTIGACIONES INTERDISCIPLINARIAS

TOMO II

FERNANDO ASTETE y JOSÉ M. BASTANTE. editores



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección  
Desconcentrada de Cultura  
de Cusco

© MACHUPICCHU. INVESTIGACIONES  
INTERDISCIPLINARIAS / TOMO II  
Fernando Astete y José M. Bastante, editores

© De esta edición:  
Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco  
Área Funcional del Parque Arqueológico Nacional de  
Machupicchu  
Calle Maruri 340, Palacio Inka del Kusikancha. Cusco  
Central telefónica (051) – 084 – 582030  
1a. edición - Setiembre 2020

Corrección de estilo:  
Eleana Llosa Isenrich

Diagramación:  
Saúl E. Ponce Valdivia

Arte de portada:  
Saúl E. Ponce Valdivia  
Miguel A. Aragón Collavino

Foto de portada:  
José M. Bastante Abuhadba

Foto de solapa:  
Sandro Aguilar

Coordinación:  
Alex I. Usca Baca  
Alicia Fernández Flórez

Revisión:  
Carmen C. Sacsá Fernández  
Alicia Fernández Flórez

ISBN: 978-612-4375-14-9  
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2020-03378

Impreso en:  
GD Impactos  
Calle Mártir Olaya 129, Of 1905, Miraflores - Lima

Tiraje: 1000 ejemplares

Impreso en Perú  
Printed in Perú  
*Perú suyupi ruwasqa*

MINISTERIO DE CULTURA DEL PERÚ

**Ministro de Cultura**  
Alejandro Arturo Neyra Sánchez

**Viceministra de Patrimonio Cultural  
e Industrias Culturales**  
Leslie Carol Urteaga Peña

**Viceministra de Interculturalidad**  
Angela María Acevedo Huertas

**Director de la Dirección Desconcentrada  
de Cultura de Cusco**  
Fredy D. Escobar Zamalloa

**Jefe del Área Funcional del Parque Arqueológico Nacional  
de Machupicchu**  
José M. Bastante Abuhadba

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio o procedimiento sin autorización expresa y por escrito de los editores.

# Índice

## TOMO I

Presentación

*Dirección Desconcentrada de Cultura de Cusco* 11

Prólogo

*John Hemming* 13

Introducción

*Mechtild Rössler* 21

Los trabajos de las Expediciones Peruanas de Yale en la *llaqta* de Machupicchu

*José M. Bastante* 25

Machu Picchu. Entre el cielo y la tierra

*Luis Millones* 59

Nuevos alcances científicos sobre la vida diaria en Machu Picchu

*Richard L. Burger* 77

Percepciones sobre inmigración y clase social en Machu Picchu, Perú, basadas en el análisis de isótopos de oxígeno, estroncio y plomo

*Bethany L. Turner, George D. Kamenov, John D. Kingston y George J. Armelagos* 107

Estado de la cuestión: historia y arqueología de la *llaqta* de Machupicchu

*José M. Bastante, Fernando Astete, Alicia Fernández y Alex I. Usca* 141

Machu Picchu. Monumento arqueológico

*Rogger Ravines* 237

Avances de las investigaciones interdisciplinarias en Machupicchu

*José M. Bastante y Alicia Fernández Flórez* 269

Machu Picchu: el centro sagrado

*Johan Reinhard* 289

<i>Llaqta</i> de Machupicchu: sacralidad y proceso constructivo <i>José Fernando Astete Victoria</i>	313
Aspectos constructivos en Machupicchu <i>Arminda Gibaja</i>	327
Machu Picchu: maravilla de la ingeniería civil <i>Kenneth R. Wright y Alfredo Valencia Zegarra</i>	335
Tecnomorfología de la <i>llaqta inka</i> de Machupicchu. Materiales, métodos y resultados del levantamiento arquitectónico y paisajístico <i>Adine Gavazzi</i>	353
Avances preliminares de la investigación con <i>lidar</i> en Machupicchu <i>Roland Fletcher, Nina Hofer y Miguel Mudbidri</i>	383
Lagunas sagradas de Salkantay. Investigaciones subacuáticas en el Santuario Histórico de Machu Picchu <i>Maciej Sobczyk, Magdalena Nowakowska, Przemysław Trzeźniowski y Mateusz Popek</i>	393
Ingeniería <i>inka</i> de Machupijchu <i>Jesús Puellas Escalante</i>	409
Contexto funerario bajo en el sector noreste de Machupicchu, 2002 <i>Alfredo Mormontoy Atayupanqui</i>	447
Los esqueletos humanos de Machu Picchu. Un reanálisis de las colecciones del Museo Peabody de la Universidad de Yale <i>John Verano</i>	455
<b>TOMO II</b>	
La mayoría silenciosa de Machu Picchu: una consideración de los cementerios incas <i>Lucy C. Salazar</i>	11
El cementerio de los incas <i>Christopher Heaney</i>	25
Quilcas en el Santuario Histórico-Parque Arqueológico Nacional de Machupicchu: análisis y perspectivas arqueológicas <i>Fernando Astete, José M. Bastante y Gori-Tumi Echevarría López</i>	35

Las quilcas del Santuario Histórico-Parque Arqueológico Nacional de Machupicchu: evaluación y secuencia arqueológica preliminar <i>José M. Bastante y Gori-Tumi Echevarría López</i>	59
El calendario solar de Machupicchu y otras incógnitas <i>Eulogio Cabada</i>	99
Observaciones astronómicas en Intimachay (Machu Picchu): un nuevo enfoque para un antiguo problema <i>Mariusz Ziółkowski, Jacek Kościuk y Fernando Astete Victoria</i>	131
Acercas de los instrumentos astronómicos de los incas: el mirador de Inkaraqay (Parque Arqueológico Nacional de Machu Picchu) <i>Fernando Astete Victoria, Mariusz Ziółkowski y Jacek Kościuk</i>	143
Machu Picchu: sobre su función <i>Federico Kauffmann Doig</i>	159
Machu Picchu, el mausoleo del emperador <i>Luis Guillermo Lumbreras</i>	193
Investigaciones interdisciplinarias en Machupicchu. Temporada PIAISHM 2017 <i>José M. Bastante, Alicia Fernández y Fernando Astete Victoria</i>	233
Investigaciones en el monumento arqueológico Choquesuysuy del Santuario Histórico-Parque Arqueológico Nacional de Machupicchu <i>José M. Bastante y Emerson Pereyra</i>	269
Investigaciones en el monumento arqueológico Chachabamba <i>José M. Bastante, Dominika Sieczkowska y Alexander Deza</i>	289
Arqueogeofísica aplicada a la arqueología inca: el caso del monumento arqueológico Chachabamba <i>Nicola Masini, Luigi Capozzoli, Gerardo Romano, Dominika Sieczkowska, Maria Sileo, José M. Bastante, Fernando Astete, Mariusz Ziolkowski y Rosa Lasaponara</i>	305
Materialización del culto al agua a través de la arquitectura hidráulica en la llaqta de Machupicchu <i>Alicia Fernández Flórez</i>	321

La Reforma Agraria en el Santuario Histórico-Parque Arqueológico Nacional de Machupicchu <i>Alex Usca Baca</i>	337
La ciudad de San Francisco de Victoria de Vilcabamba y el pueblo antiguo del Ynga nombrado Huaynapicchu <i>Donato Amado Gonzales</i>	361
Biodiversidad anotada del Santuario Histórico de Machupicchu: especies endémicas y amenazadas <i>Julio Gustavo Ochoa Estrada</i>	375
Reportes anotados de mamíferos silvestres del Santuario Histórico de Machupicchu <i>Julio Gustavo Ochoa Estrada</i>	395
Quinquenio orquidáceo del Santuario Histórico de Machu Picchu. Géneros, especies nuevas y nuevos reportes <i>Benjamín Collantes</i>	407
<i>Vasqueziella</i> boliviana, conocida desde hace tiempo y de amplia distribución, pero muy poco frecuente <i>Benjamín Collantes y Günter Gerlach</i>	411
Una vista desde la bóveda: fotos de las expediciones a Perú de la National Geographic Society-Yale University <i>Sara Manco, Renée Braden y Matthew Piscitelli</i>	421
Autenticidad de Machupicchu, 100 años después <i>Ricardo Ruiz Caro y Fernando Astete Victoria</i>	427
<b>ANEXOS</b>	
Anexo 1. Relación de monumentos arqueológicos en el Santuario Histórico-Parque Arqueológico Nacional de Machupicchu y la Zona Especial de Protección Arqueológica	439
Anexo 2. Términos en quechua en los artículos	456

## El cementerio de los incas<sup>1</sup>

Christopher Heaney<sup>2</sup>

**E**l retorno de Hiram Bingham de Yale a Machu Picchu, en julio de 1912, tuvo un significado para los lectores de diarios norteamericanos, pero otro completamente diferente para los habitantes del sitio (figura 1).

Los indios probablemente pudieron oír a la expedición acercándose: el sonido de las hachas abriendo camino mientras trepaban por el sendero desde el río Urubamba; las maldiciones tras casi cortarse el pie por un machetazo mal dirigido y desviado por una terraza incaica. Y, después, el espeluznante crujir del fuego que avanzaba por la maleza, soltando nubes de humo sobre sus jardines arruinados.

Anacleto Álvarez, Toribio Richarte, Tomás Fuentes y sus familias habían visto a los estadounidenses por última vez en setiembre del año anterior, cuando los expedicionarios Paul Lanius y Herman Tucker hicieron una visita cordial para despejar y fotografiar secciones del sitio. Esta vez, la atmósfera había cambiado. El ruidoso grupo que se aproximaba a sus

chozas esa tarde estaba compuesto por uno de los nuevos empleados de Bingham, un joven ingeniero llamado Kenneth Heald, un soldado peruano de nombre Tomás Cobinas y once indios del cercano pueblo de Ollantaytambo, cada uno portando alguna combinación de hachas, machetes, palas y palancas. Los indios de Ollantaytambo no estaban particularmente contentos de estar ahí; se les pagaba, pero eran en realidad “trabajadores forzados”<sup>3</sup>. Heald tenía una carta del prefecto en la que los funcionarios locales recibían órdenes de reclutar trabajadores para la expedición. El gobernador de Ollantaytambo había enganchado a estos indios y los había metido a la cárcel “para asegurarse de que no huyeran” antes de entregárselos a la expedición<sup>4</sup>.

La renuencia de los indios era evidente: aparte de preferir dedicarse a sus cosechas, estaban sien-

<sup>1</sup> Este texto corresponde al capítulo 13 del libro *Las tumbas de Machu Picchu. La historia de Hiram Bingham y la búsqueda de las últimas ciudades de los incas*, publicado en 2012 (Lima: PUCP; pp. 175-184).

<sup>2</sup> Historiador; Pennsylvania State University (cuh282@psu.edu).

<sup>3</sup> Carta del diario de Hiram Bingham (5-6 de mayo de 1915; Yale Peruvian Expedition Papers, Manuscripts and Archives, Yale University Library, YPEP, 20-33; caja 20, fóldeo 33).

<sup>4</sup> Diario de Kenneth Heald (6 de julio de 1912; YPEP, 19-24). El resto de la descripción del despejado que hizo Heald del camino y de Machu Picchu es tomado de su diario, del artículo del número de *The National Geographic Magazine* correspondiente a abril de 1913, y de *Lost City of the Incas: The Story of Machu Picchu and its Builders*, de Hiram Bingham (1948).





Figura 1. En julio de 1912, Hiram Bingham y su expedición, ahora apoyada por Yale y la National Geographic Society, regresaron para despejar de vegetación a Machu Picchu y excavar (The National Geographic Society; fotografía: Hiram Bingham).

do incorporados contra su voluntad en las abusivas prácticas laborales del bajo Urubamba, donde había fuertes tensiones entre indios y blancos. El trabajo que se les estaba asignando –merodear en ruinas incaicas– tampoco les entusiasmaba. Era peligroso. Probablemente habían oído del niño que fue arrastrado por el Urubamba cuando trabajaba para los exploradores blancos el año anterior. Cuando los indios de Ollantaytambo llegaron a Mandor Pampa, encontraron el cuerpo de un indio que había sido acuchillado por la espalda el día anterior. Lo único que consternó a Heald era el no haberlo reclutado antes de que muriera. “Tenía buena apariencia, aquel indio”, escribió después de ver el cadáver.

Heald no se tomó la molestia de registrar lo que opinaron Richarte y Álvarez sobre el retorno de Yale. Solo nos queda imaginarnos el nerviosismo que sintieron al atestiguar el obvio conflicto entre los estadounidenses y los indios de Ollantaytambo. Los indios encendieron una fogata que alegaron se

les fue de control y casi mató a Heald y al soldado, pero Heald tenía sospechas de juego sucio. Las familias indias de Machu Picchu también se debieron preocupar cuando Heald resbaló y cayó mientras intentaba escalar el Huayna Picchu, dislocándose el hombro, pero salvando de morir.

Unos días después arribó el hombre que había puesto todo en marcha: Hiram Bingham, el alto *yanqui* de la sonrisa mustia, acompañado por otro soldado peruano y un empalagoso caballero del Cusco llamado Jara, quien se presentó como el “agente” de Mariano Ignacio Ferro, el dueño de las tierras en las cuales se ubicaba Machu Picchu. A Ferro le sorprendió enterarse de que semejante ruina se encontrara en su propiedad, o de que hubiera indios cultivando ahí, pero Bingham ya había llegado a un acuerdo con él<sup>5</sup>. Bingham le daría a Ferro –después de descontar la mitad que le había prometido al

<sup>5</sup> Para la sorpresa de Ferro al enterarse de las ruinas en sus tierras, véase el diario de Hiram Bingham, 8 de setiembre de 1911 (YPEP 18-1).

Perú— un tercio de todos los “tesoros, monumentos y cualesquiera otras riquezas que encontrara”<sup>6</sup>. El agente de Ferro, Jara, se aseguraría de que él obtuviera la parte prometida del oro o la plata que encontrara la expedición, pero también de que Richarte, Álvarez y Fuentes comprendieran quién era el dueño de la tierra en la que vivían. Machu Picchu seguiría siendo su hogar, pero por esta temporada sería un sitio arqueológico y no tierras agrícolas. No era que tuvieran tiempo para cuidar sus cosechas: ahora trabajaban para la expedición.

En presencia del soldado peruano, Richarte y Álvarez casi no podían protestar. En un comienzo quizá incluso podrían haberse sentido emocionados por trabajar para Yale, aunque probablemente no fue así. Habían venido a Machu Picchu para trabajar por su cuenta, un hecho que Bingham alguna vez había apreciado. La llegada de Yale los había introducido nuevamente al sistema peruano de trabajos forzados. Para los estadounidenses, todo esto olía a exploración. Para Richarte y Álvarez, el aroma era de una explotación perturbadora, especialmente cuando se enteraron de lo siguiente que Bingham quería que hicieran.

Disfrutando la vista desde la ciudad perdida de sus sueños, la cual todavía estaba cubierta de maleza, Hiram Bingham apenas podía contener su entusiasmo. “Las ruinas de M. P. siguen tan espectaculares como siempre”, escribió Bingham en su diario, “muy impresionantes son especialmente la Plaza Sagrada y el panorama”.

Su regreso al Cusco a fines de junio había sido difícil al comienzo. En su libro de 1911 sobre Sudamérica, había descrito al Cusco como “la ciudad más inmundada del mundo”. Al llegar hubo de hacer una diplomática rectificación. Cusco —o por lo menos

sus intelectuales— lo perdonaron y celebraron sus logros del año anterior. Las noticias de Machu Picchu habían llegado a la ciudad en diciembre de 1911, y un grupo de la Universidad del Cusco había partido a ver las ruinas poco después. Dijeron que Bingham era su “descubridor científico”, pero anotaron que había sido visitado numerosas veces en el pasado. *El Comercio* del Cusco fue mucho más dramático: “Pocas expediciones han sido de tamaña importancia en el mundo científico”.

Para los estudiantes de la universidad, la atención de Bingham había sido particularmente electrizante. Para Luis E. Valcárcel, que había ayudado a liderar la huelga de unos años atrás, la revelación de Machu Picchu tuvo “una influencia decisiva” sobre su vocación y vida, “un gran estímulo para la juventud cusqueña ... [que] nos animó a muchos a profundizar en el estudio de la prehistoria peruana” (Valcárcel 1981: 152-153). El 2 de junio, la universidad nombró a Bingham profesor honorario. Hiram devolvió el favor exhortando a los estudiantes “hijos del Cusco, herederos de la civilización más antigua de toda la América” a que respondieran al llamado de “los fundadores de la Universidad de Yale, quienes tomaron como lema ‘Luz y Verdad’”. Los estudiantes aplaudieron (Bingham 1912; *El Comercio* 1912). De haber estado Valcárcel ahí, habría aplaudido también. Estaba en Lima, sin embargo, en una misión que Bingham muy pronto no podría ignorar.

Mientras tanto, la atención de Bingham se enfocaba en Machu Picchu. Dar discursos sobre “Luz y verdad” en Yale o la Universidad del Cusco estaba muy bien, pero era momento de poner manos a la obra. El primer punto era reivindicar las ruinas en nombre de la ciencia. Ordenó que todos los indios, menos uno, se dedicaran a despejar la gruesa maleza que cubría los muros de los edificios. Había árboles que habían “echado raíces en los vértices de los gabletes

<sup>6</sup> Contrato entre Hiram Bingham y Jacinto Acuña, representante de Mariano I. Ferro (Cusco, 9 de julio de 1912, YPEP 2).

de las pequeñas y hermosas casas”. Bingham quería que las ruinas se vieran como si los incas hubieran retirado los techos hacía pocos días. Es cierto que la expedición debía hacer planos arquitectónicos, pero Hiram también deseaba que Machu Picchu luciera espectacular para las fotos que pronto tomaría.

Cuando en las montañas se oía el crujir de la quema de casi 400 años de maleza selvática, Bingham envió a otro trabajador a una tarea especial que le tomaría un día entero: borrar los “rústicos autógrafos de carbón” de los visitantes peruanos anteriores, entre ellos el del ahora fallecido Agustín Lizárraga (Bingham 1913). Para Bingham constituían grafiti. Quizá también podrían haber sido un irritante recordatorio de que no había sido el primero en visitar Machu Picchu.

El 22 de julio la expedición empezó a excavar con empeño. Bingham tomó fotos, dejando el trabajo pesado a seis indios del Cusco y al mordaz ingeniero estadounidense que había contratado en Lima, Ellwood C. Erdis. Empezaron con la Plaza Sagrada: Bingham tenía la esperanza de que Machu Picchu ocultara un rico tesoro o un entierro de algún tipo (figura 2). Excavaron con picos y palas bajo el altar labrado del templo monolítico en el sector norte, pero encontraron tan solo una base de rocas. “[Encontramos] varios hoyos interesantes en los cuales entran las palancas en su totalidad, pero todo el trabajo es en vano”, escribió Bingham en su diario. Bajo el Templo de las Tres Ventanas –lo que para Bingham constituía la “evidencia” de que Machu Picchu era el lugar de origen de los incas– encontraron una tumba con forma de botella, pero también estaba vacía. Aparentemente, ni Machu Picchu había sido inmune al saqueo.

Era hora de ampliar el radio de acción de la expedición. Mientras Erdis y sus hombres despejaban ruinas, Bingham se enfocaría en los *machay*, o

entierros, del sitio, tal como había hecho en Choquequirau. Para dirigir su apertura, disponía del osteólogo que Yale había enviado para confirmar los huesos glaciales en el Cusco, George Eaton. Para encontrar las tumbas, sin embargo, escogió a los indios que conocían mejor la zona. El agente del terrateniente, Jara, les explicó a los agricultores Álvarez, Richarte y Fuentes que habían sido designados –como señaló más adelante Eaton– como los *grave diggers*, o sea, “huaqueros”, de la expedición<sup>7</sup>.

Esto era pedir demasiado a los tres agricultores. Como reconoció luego Bingham, los tres granjeros creían que “sus cosechas podrían tener una cierta mala suerte si profanaban los huesos de los antiguos habitantes que se encontraban enterrados en las zonas circundantes” (Bingham 1930: 15). En vez de ayudar a la expedición, regresaron a la tienda de Bingham con las manos vacías durante dos días seguidos.

Bingham intentó otra táctica. Convocó a los trabajadores indígenas cuzqueños y les dijo que les daría un sol, equivalente a medio dólar, “a quien le diera la ubicación de una cueva que contuviera un cráneo, la cual debían dejar tal como la encontraron, para poder ver al cráneo en su posición original”. Al final del día, los indígenas del Cusco regresaron “hechos jirones y arañados por los matorrales y junglas, y frustrados por los precipicios de Machu Picchu”. Richarte, Álvarez y Fuentes, sin embargo, anunciaron que habían encontrado ocho cuevas funerarias y que querían ocho soles. Esto le hizo mucha gracia a Bingham, quien creyó que los peruanos habían estado meramente esperando obtener beneficios adicionales por encima de sus sueldos. Es una posibilidad, pero es igualmente posible que Richarte, Álvarez y Fuentes hubieran

<sup>7</sup> Diario de George F. Eaton (13 de agosto de 1912; YPEP 19-18). Véase, de Amy Cox Hall, “Collecting a ‘Lost City’ for Science: Huaquero Vision and the Yale Peruvian Expeditions to Machu Picchu, 1911, 1912, and 1914-15” (2012: 293-321), para una meditación sobre la palabra ‘huaquero’ con respecto a Richarte y Álvarez.



Figura 2. Los miembros de la expedición de 1912, financiada por Yale y la National Geographic Society, supervisan a los trabajadores locales provenientes de Ollantaytambo y otros pueblos del valle del Urubamba durante las excavaciones del Templo Principal en la Plaza Sagrada de Machu Picchu. No encontraron mucho en este lugar, a diferencia de lo que hallaron en las tumbas (The National Geographic Society; fotografía: Hiram Bingham).

tomado una sencilla decisión: podrían dejar que los indios del Cusco ganaran dinero al profanar tumbas que malograrían *sus* sembríos o podían reportar las tumbas ellos mismos, hacerse del bono en efectivo y esperar ser perdonados.

El 24 de julio, exactamente un año después de que el hijo de Richarte hubiera guiado a Bingham a Machu Picchu, Richarte llevó a Bingham y a Eaton a las tumbas de la localidad. Los indios abrieron paso a través de la selva en un área ligeramente por debajo de las ruinas al noreste. La vegetación era tupida, y tenían que “escurrirse cual serpientes a través de la selva cuando la fétida vegetación no era tan densa como para requerir el uso vigoroso de machetes” (Eaton 1916: 4). Los guías hicieron un alto y señalaron una piedra grande e irregular, casi invisible en la male-

za. Bajo esta había una pequeña pared en forma de cuña, de 1.2 m de largo y 0.6 m de alto, hecha de piedras pequeñas y toscas. Los estadounidenses se pusieron de rodillas y empezaron a sacar las piedras. El interior se hizo visible paulatinamente: había unos cuantos ceramios y pudieron ver por primera vez a los antiguos habitantes de Machu Picchu –un cráneo y unos cuantos huesos– sentados en posición fetal, como era el caso con la mayoría de los entierros andinos. Eaton después concluiría que los restos pertenecían a una mujer de unos 35 años de edad. En una segunda cueva, Bingham encontró los fragmentos de dos cráneos humanos. En la tercera, Eaton recuperó un cuerpo con un cráneo alargado: un caso interesante de modificación craneana precolombina. De otra tumba, Eaton extrajo otro esqueleto y

una olla con dos asas, de cerámica roja, en perfectas condiciones. Una cueva más reveló fragmentos de seis cráneos. Bingham abrió otra cueva funeraria más, que contenía dos cráneos humanos y una olla rota.

Bingham estaba decepcionado. Sabía que la arqueología incaica rara vez daba con tumbas llenas de oro y plata, pues los incas transportaban sus riquezas con sus momias y los españoles habían capturado tanto lo primero como lo segundo. Tenía la esperanza de que Machu Picchu hubiera evadido la Conquista de alguna forma, sin embargo, o de que quizá podría encontrar cuando menos bronce o cerámicos que valiera la pena exhibir. En vez de ello, estas primeras tumbas no contenían “nada”, según escribió en su diario, especulando que unos “cazadores de tesoros” habían llegado ahí antes. Machu Picchu podría brindar sorpresas aún, pero tan solo por medio de la atención a los detalles que le resultaban tediosos.

El 29 de julio, Bingham recogió sus alforjas para continuar con lo que hacía mejor: cabalgar entre crestas nevadas y valles selváticos en busca de más pistas respecto de la ubicación de Vilcabamba La Vieja, el último refugio de Titu Cusi y Túpac Amaru.

Dejó a Eaton a cargo. Cuatro años mayor que Bingham, Eaton también era un egresado de Yale, pero no se tomaba las cosas con tanta seriedad. Remilgado y dispuesto a todo, culto y gracioso, Eaton se entretenía haciendo referencias a dramas franceses en sus monografías. Se refería al pan duro como “pancillos preincaicos” y a los mosquitos como “especímenes entomológicos nocturnos”. Bajo un sombrero *porpie* de banda ancha y un bigote oscuro y afeitado a la moda, mordía su pipa y la encendía usando una lupa y el sol andino. A diferencia de Bingham, él veía a la expedición de Yale, a sí mismo y a la ciencia de manera un poco más irónica:

Saquear tumbas es, en el mejor de los casos, una empresa impía. El colector de huesos científico sin duda tiene mejores intenciones que el cazador de tesoros, pero ambos siguen, en parte, el mismo curso, y quienquiera termine en último lugar en la carrera por el premio probablemente considera que el trabajo de su competidor es una profanación injustificable (Eaton 1916: 15).

Para Eaton, tanto saquear tumbas como la arqueología estaban en el mismo espectro, dividido por una línea arbitraria convenientemente llamada ciencia.

Eaton tenía una definición mucho más amplia de la palabra “tesoro” que la que tenía Bingham. Eaton era un científico de pura cepa y en estas sencillas “tumbas indias” él vio mucho más que tiestos y huesos rotos. En ellas veía los humildes restos de todo un pueblo. Mientras examinaba cráneo tras cráneo, dedujo que pertenecían a los sirvientes del lugar. Era poco probable que los enterraran con muchas posesiones, pero mantenían su valor como especímenes humanos. También postuló una explicación para los huesos entremezclados que iba mucho más allá de ser el simple resultado del saqueo de tumbas: habrían sido sacados y venerados por los descendientes de los muertos. Así inspirado, Eaton siguió abriendo tumbas. Su interés en todo lo que contuvieran hizo que la colección fuera invaluable, guiando a Bingham a una conclusión dramática respecto de la identidad del sitio.

Eaton habría logrado poco, sin embargo, sin Richarte y Álvarez (Fuentes, que era mayor, solo se aparecería a trabajar ocasionalmente). A lo largo del mes siguiente, llegaban cada mañana para escoltar a Eaton a las tumbas que habían encontrado el día anterior. Mientras Eaton tomaba apuntes, buscaban en los hoyos y sacaban a los escorpiones. Señalaban los huesos en los cuales habían crecido helechos, los crá-

neos que estaban sujetos a la montaña por raíces que atravesaban las cuencas de los ojos. De las pendientes cerca de Huayna Picchu se trasladaron al sur a lo largo del lado oriental de los montes hasta que llegaron a las alturas ubicadas sobre la parte principal del sitio. Para fines de agosto, le habían mostrado a Eaton 52 cuevas funerarias, el inicio de una colección que atormentaría a Yale por casi un siglo (figura 3).

Una mañana, Richarte y Álvarez llevaron a Eaton a una terraza ceremonial bien construida ubicada a unos 300 m por encima de la sección sur de las ruinas. Tenía escalinatas a ambos lados y estaba protegida del sol por una roca enorme. Ahí excavaron su vigésimo sexta tumba, que reveló uno de los descubrimientos funerarios más significativos del año. Había dos ollas con forma de botella en perfecto estado y un plato roto con un pie. También había varios alfileres de cobre, una aguja y un curioso disco

de cobre con una manija. Eaton después se imaginó que su dueño lo habría usado como un espejo o para encender fuegos. A esto se sumaba un par de pinzas y los restos de un perro. Y en el centro de la tumba, había un esqueleto humano casi completo, sentado erguido con las rodillas presionadas contra el pecho. Parecía ser mujer, y sobre sus hombros estaba colocado un chal basto, que alguna vez estuvo enganchado con un *tupu*, un alfiler con una cabeza plana y redonda. A sus pies estaban las delicadas florituras de su calzado de cuero, que los indios decían ser muy antiguo. Eaton concluyó que la mujer era una “sacerdotisa” y que la terraza “debe haber sido un lugar de descanso ideal para el inca y sus consortes reales durante sus visitas a Machu Picchu o, en otros momentos, para los sacerdotes y sacerdotisas del Sol y la Madre Superiora del Acclahuasi [sic], o casa de las vírgenes del sol” (1916: 24).



Figura 3. De izquierda a derecha: Tomás Fuentes, Torvis Richarte, Anacleto Álvarez, George F. Eaton y un soldado peruano, excavando una tumba en Machu Picchu, 1912. Eaton se refería a Richarte y Álvarez como sus “resurreccionistas”, por la ayuda que prestaron en las excavaciones de las tumbas de Machu Picchu (The National Geographic Society, fotografía: Hiram Bingham).

Para Eaton, era hermosa. A los hombres que tuvieron que empacarla en los cajones de comida de la expedición, sin embargo, aparentemente les resultaba repulsiva. Pocos días después, Richarte llegó al trabajo sin Álvarez. El indio más joven le dijo a Eaton que su vecino estaba abajo en el río, padeciendo alguna vaga enfermedad en su miembro viril. Cuando Álvarez no apareció al día siguiente, Eaton se enteró de que su molestia eran “sus testículos, y que los otros indios decían que el problema había sido causado por los espíritus de los incas muertos cuyas tumbas Álvarez ha estado saqueando”. Los otros indios creían que Álvarez, Richarte y la expedición de Yale habían sido el blanco de una maldición.

Todo esto, sin embargo, le resultaba entretenido a Eaton. “Richarte, menos piadoso que los demás, dice que, si los incas muertos le causan algún problema en sus partes privadas, abrirá todas las tumbas y destruirá todos los huesos que pueda encontrar”, escribió en su diario. “Espero que Álvarez no intente destruir los espléndidos cráneos que he recolectado. ¡Si lo intenta, tendrá otros problemas de los cuales lamentarse!”<sup>8</sup>

Eaton dejó de reírse cuando Richarte también desapareció. Después de una semana, Eaton se preguntaba dónde estarían sus “excavadores de tumbas”. Sin ellos, la excavación de los entierros se detuvo y Eaton se pasaba los días empacando y volviendo a empacar los huesos en cajas. Cuando finalmente regresaron el 14 de agosto, Eaton concedió que había subestimado sus angustias. “Álvarez y Richarte se aparecieron para trabajar esta mañana, pero no parecían estar muy ansiosos por buscar tumbas. Quizá sí están un poco asustados de los espíritus”.

Antes de que llegara la expedición, los residentes de Machu Picchu aparentemente creían que

los restos serían respetados. Su participación en la remoción de los huesos les acarrió una maldición o, peor aún, acabó con el significado espiritual que alguna vez poseyeron. Al acercarse la fecha de la partida de Eaton, el osteólogo tuvo una desconcertante y breve revelación de lo que la expedición había hecho. Una tarde a fines de agosto, Richarte y Álvarez estaban excavando una roca por encima de las ruinas cuando descubrieron una tumba con dos cuerpos cuyos ligamentos de las rodillas seguían intactos. Estaban tan bien preservados, pensó Eaton, que podrían haber sido enterrados veinticinco años antes. ¿Se habrían agotado las tumbas “antiguas”, con el resultado de que el aliciente del dinero de Yale habría llevado a Richarte y Álvarez a las más recientes? De ser así había muchos precedentes: antropólogos de fines del siglo XIX habían hecho fortuna excavando tumbas indígenas recientes en el oeste estadounidense y enviando los restos humanos a museos en el este (Hurst Thomas 2000).

Había menos precedentes en cuanto al hecho de que los excavadores de Eaton eran indios también y que estaban intentando separar sus creencias del perturbador trabajo al que se les obligaba<sup>9</sup>. Cuando Eaton extrajo la momia de la cueva, los indios hicieron algo que lo perturbó aún más: le pidieron trozos de los tejidos secos de la momia. Dijeron que lo añadirían a sus guisos para tener buena fortuna. A sus lectores posteriores, Eaton sugirió que esta era la supervivencia de una “antigua y salvaje superstición” que rayaba en el canibalismo (Eaton 1916: 41). En su diario escribió que creyó que quizá le estaban tomando el pelo. Pero a pesar de todo les dejó quedarse con el ligamento.

<sup>9</sup> Debe anotarse que en el norte del Perú hay una tradición de participación indígena junto a los europeos en el huaqueo, o saqueo de tumbas, que se remonta al tardío siglo XVI (véase, de Jorge Zvallos Quiñones, *Huacas y huaqueros en Trujillo durante el virreinato, 1535-1835* [1994]).

<sup>8</sup> Diario de Eaton (7 de agosto de 1912; YPEP 19-18).



Figura 4. Las 93 cajas que contenían los artefactos y restos humanos de Machu Picchu en viaje entre el Valle Sagrado y el Cusco, a fines de 1912. Llegadas al Cusco, algunas serían abiertas por José Gabriel Cosío; todas irían finalmente a Yale, en New Haven, Connecticut (The National Geographic Society; fotografía: Hiram Bingham).

Pocos días después, en su diario, Eaton les dio a sus guías nativos un nuevo apodo, que hacía referencia a uno de los capítulos más desagradables de la historia de la ciencia: –uno que ya no se sentía tan distante–: “mis dos fiables ‘resurreccionistas’ Richarte y Álvarez”<sup>10</sup>. Los “resurreccionistas” eran aquellos ingleses y estadounidenses que en los siglos XVIII y XIX se metían de noche a los cementerios a desenterrar los cadáveres frescos de los pobres con el fin de que los jóvenes doctores y científicos pudieran aprender sus profesiones por medio de la disección y experimentación ilegal.

Era una broma de Eaton, pero enmascaraba una realidad más amplia relacionada con las expediciones peruanas de Yale. Bajo la dirección de Bingham, la expedición le había insuflado vida a Machu Picchu, resucitando la antigüedad incaica como ningún arqueólogo había hecho antes. Esta

resurrección venía de algo sórdido, sin embargo: la coerción de los indios a lo que Eaton llamaba una “búsqueda impía pero lucrativa”, una que culminaba con la ingestión de los muertos (Eaton 1916: 49). Los cazadores de tesoros habían visitado las ruinas previamente y se habían ido con ceramios, pero la expedición de Yale era diferente. Para Yale, todo en Machu Picchu, los cráneos y huesos de los ancestros de los residentes incluidos, eran tesoros que podían ser comprados y poseídos (figura 4).

Tal como Bingham iba a descubrir por sí mismo, de haber una maldición en Machu Picchu era esta: si algo puede ser poseído, puede ser disputado. Yale estaba amasando una de las colecciones de objetos incaicos y restos humanos más importantes en lo científico, y más evocadoras en lo espiritual, de la historia. ¿Pero, a quién pertenecía este tesoro?

<sup>10</sup> Diario de Eaton (20 de agosto de 1912; YPEP 19-18).



## Referencias bibliográficas

BINGHAM, Hiram

1912 “Discurso al ser incorporado como profesor honorario de la facultad de letras”. En: *Revista Universitaria*, N° 2.

1913 “In the Wonderland of Peru”. En: *National Geographic Magazine*, abril, p. 452.

1930 *Machu Picchu, a Citadel of the Incas*. New Haven y Londres: The National Geographic Society y Oxford University Press.

1948 *Lost City of the Incas: The Story of Machu Picchu and Its Builders*. Londres: Weidenfeld & Nicolson.

2002 *Lost City of the Incas: The Story of Machu Picchu and Its Builders*. Nueva York: Duell, Sloan & Pearce.

COX HALL, Amy

2012 “Collecting a ‘Lost City’ for Science: Huaquero Vision and the Yale Peruvian Expeditions to Machu Picchu, 1911, 1912, and 1914-15”. En: *Ethnohistory*, vol. 59, N° 2, pp. 293-321.

EATON, George Francis

1916 *The Collection of Osteological Material from Machu Picchu*. New Haven: Memoirs of the Connecticut Academy of Arts and Sciences.

EL COMERCIO

1912 “El Dr. Hiram Bingham, su incorporación a la facultad de letras de esta universidad”. En: *El Comercio*, 5 de julio.

HURST THOMAS, David

2000 *Skull Wars: Kennewick Man, Archaeology, and the Battle for Native American Identity*. Nueva York: Basic Books.

VALCÁRCEL, Luis E.

1981 *Memorias*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ZEEVALLOS QUIÑONES, Jorge

1994 *Huacas y huaqueros en Trujillo durante el virreinato, 1535-1835*. Trujillo: Editora Normas Legales.



Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

**Comisión  
Nacional  
Peruana**  
de Cooperación  
con la UNESCO



PERÚ

Ministerio de Cultura

Dirección  
Desconcentrada de Cultura  
de Cusco